





LOS FANTASMAS
DE LA TORRE DE LA MORA
LA CALMA



Ángel C. Vargas Gómez

LOS FANTASMAS
DE LA TORRE DE LA MORA
LA CALMA



Primera edición: junio 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel C. Vargas Gómez

ISBN: 978-84-18250-96-5

ISBN digital: 978-84-18250-97-2

Depósito legal: M-13573-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres, a mis abuelos y los que ya no estáis.
Os llevo y os llevaré en mi memoria para siempre, cada día.
Gracias por hacerme ser como soy.
Es muy difícil vivir sin vosotros.
Os quiero.*



Algunos de los personajes representados en la novela tuvieron vida propia, pero las historias relatadas, algunas situaciones y escenas que trascurren en esta novela son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido, similitud o coincidencia con alguna parte de la realidad en alguno de ellos sería mera casualidad. El autor ha tomado parte de la historia de España, lugares, rincones y edificios públicos para plasmarlos en la novela de una manera personal. Los personajes adquirieron vida propia a medida que la trama se fue imaginando y lo que sucede en sus vidas puede no tener que ver con sus propias vivencias personales.

En vosotros y vuestra imaginación, queridos lectores, está el poder de darles vida propia a todos ellos.



HISTORIA
Uno de los extremos más necesarios
y más olvidados en relación con
esa novela llamada *Historia*,
es el hecho de que no está acabada.
GILBERT KEITH CHESTERTON



Prefacio

La vida transcurre por el aire de La Cala, salpicada del salitre del mar y de la tierra húmeda de su vega, no empieza hoy ni terminará mañana.

Esto no es el principio de la historia ni tampoco su final.



Prólogo

Conozco la Torre Mora, verdadero epicentro de esta novela. Han sido muchas las tardes que he pasado en ese margen de arena que hay entre la Nacional 340 y el Mediterráneo manso de La Cala de Mijas, que allí se llama Mar de Alborán. Ahora que vivo tan lejos de aquellas olas de volantes plateados vuelvo allí en esta obra que es un regalo para los que amamos la Historia, cuanto más para quienes hemos gozado la fortuna de vivir aquel sosiego malagueño con aroma a salitre.

Ángel reconstruye la Historia de aquel paraje en el peor momento posible, en nada parecido al de la mansedumbre de los menderos que ahora disfrutan alemanes e ingleses, ignorantes de un pasado tan atroz como reciente. Esta reconstrucción de color sepia comienza con un fusilamiento que resume a la perfección las circunstancias en las que se vieron envueltos los contendientes directos y aquellos que padecieron las inclemencias de una guerra que no superó el millón de muertos pero que dejó más de treinta millones de moribundos.

Nunca, a pesar de tantos años de lectura histórica, he leído un fusilamiento descrito con tanta precisión y confieso que al acabar el largo pasaje se me vino a la mente aquel Goya audaz que pintaba luces y sombras la noche del dos de mayo. Es como si Ángel se hubiera dedicado a fusilar gente toda su vida —permítanme la hipérbole—, como si este trecho de la novela la hubiera escrito todo un experto en quitar vidas a golpe de fusil y tiro de gracia. Pero lo fundamental del fusilamiento que les refiero, que están a punto

de contemplar, es el paralelismo del que, muy hábilmente, el autor se vale para describir una guerra civil entera: muertos que iban a matar tan solo unos días antes, disparos que salen de los mismos mosquetones que portaban los fusilados tan solo hacía unas horas, sangre hermana que desborda un riachuelo prístino antes de la masacre, órdenes y ordenados. Muertes que llegan en primavera, que es el peor momento para morir porque la Cala está hermosa entonces, plácida, eternamente oliendo a salitre.

Son muchos los escritores que han osado asomarse a nuestra Guerra Civil, pero pocos han llegado a meterse hasta dentro. Muchas novelas se ambientan en nuestra guerra de la vergüenza como podrían haberse ambientado en el Madrid de los Austrias, tomando aquellos días de plomo y pólvora como un simple atrezo, un fondo de cartón piedra como los que ponen en los teatros pobres para ambientar la representación. Ángel es capaz de llevarnos de la mano hasta lo más profundo de aquella confrontación fratricida describiendo sensaciones, emociones y sentimientos como solo lo hacen los escritores de raza; aquellos a los que no asusta la verdad.

Decían los romanos que «la peor paz es mejor que la mejor de las guerras» y siguen teniendo razón, como en tantas cosas. Porque lo malo de una guerra es no saber quiénes son los malos y quiénes los buenos. En el cine lo tenemos muy fácil, en esta novela en absoluto. Porque aquí no hay buenos ni malos ni juego maniqueo alguno. Aquí solo quedan supervivientes al cabo de lo peor de una guerra que es todo lo demás.

No están ustedes ante una historia de terror. Ni siquiera ante una novela triste: los españoles han formado siempre un pueblo valiente, capaz de vivir cuando no se puede vivir, de amar cuando apenas se puede amar. Por eso los personajes son capaces de celebrar los pequeños acontecimientos que les permiten sus vidas rotas en La Butibamba, que sigue resistiendo al pie de la carretera como un homenaje a los que también fueron capaces de resistir.

No fue Málaga un lugar fácil para vivir en tiempos de guerra, mucho menos tras la contienda. El maqui malagueño fue el úl-

timo en levantar los brazos ante los Máuser de la Guardia Civil, que acabaron con su testarudez inconmensurable casi en el mismo momento en que los alemanes y los ingleses se desnudaban en La Cala de Mijas ante aquellas mujeres vestidas con el luto eterno de los que lo perdieron casi todo.

Vuelves a escoger un tema difícil, amigo Ángel, y vuelves a acertar porque has sabido describir el horror y ensalzar lo mejor aquellos seres incapaces de arrodillarse ante su destino.

LUIS FOLGADO DE TORRES, EDITOR



VIII

La noche rodeaba todo a su alrededor cuando salió de la casa. Trató de hacerlo en silencio y sin que nadie se diera cuenta. Como otras veces, saltó por la ventana sin ruidos, sujetando la respiración en su pecho, acariciando con sus pies descalzos el suelo. Necesitaba salir de allí, embriagarse de la oscuridad y de la frescura del mar. Tuvo que esperar a que la casa quedara en silencio y que la abuela Dolores dejara de moverse arriba y abajo. No era fácil despistar a la mujer. Se arrastró agachado por el borde de la parte trasera de la casa sin hacer ruido. Rodeó toda la valla, sin perder de vista las ventanas, y caminó despacio, sin arrastrar los pies. La tierra era áspera, pero su piel estaba curtida, no era la primera vez que caminaba sin zapatos. Llegó hasta el final del vallado que rodeaba la huerta de la casa y se asomó a la calle que bajaba desde la carretera. El camino terrizo terminaba a los pies de la torre de la mora, donde sabía que él le esperaría. A lo lejos vio las únicas luces alrededor del pueblo, la venta de la Butibamba. Cuando se aseguró de que nadie pudiera descubrir su presencia, giró pegado al borde del camino y se acercó poco a poco hasta la torre. El aspecto de aquel pedazo de historia del pueblo era imponente. Perfectamente conservada por fuera, era la señal de que allí había habido alguien mucho antes que ellos. La torre representaba el pasado más cercano de la pequeña población de La Cala y como la vida se despertó en la tierra que la rodeaba. Se pegó a su pared de piedras y buscó la abertura de la entrada. Entre las dos torres rectas, que se veían desde el camino, se accedía al interior. En la oscuridad casi no veía nada, pero conocía el lugar, sabía a dónde debía ir. En uno de los laterales había una escalera

que daba acceso a la parte superior, pero no quería ir allí. Comenzó a silbar, como una señal concertada. Era un ulular suave, tranquilo; dos cambios de tono largos que alguien debía reconocer: ti-tu. Volvió a salir y desde una portezuela lateral, elevada más de dos metros del suelo, un sonido de un cierre sonó en la noche. Hizo una mueca apretando los labios al creer que el silbido despertaría a todos en el pueblo. No era la primera vez que alguien contaba la historia del fantasma de la torre de la mora y no iba a ser la última. Muchos vecinos habían oído ruidos y cantos sombríos en esa torre. Muchos juraban y perjuraban que la habían visto quitarse el pañuelo y lanzarlo volando al viento. Muchos aseguraban haberla visto saltar y oírla gritar. La portezuela elevada se abrió lentamente y el sonido de las bisagras oxidadas resonó en la noche como dos cuchillos intentando cortar una barra de hierro. Una escalera de cuerdas cayó del aire y quedó colgando contra la pared de la torre. La agarró fuerte con las manos y comenzó a subir por ella. La fría piedra arañaba las plantas de sus pies, pero no le importaba. Tiró con fuerza de la cuerda y se fue elevando poco a poco. Cuando ya estaba cerca de llegar arriba unas manos suaves agarraron sus brazos y consiguió entrar dentro de la torre. La puerta se cerró despacio otra vez, volviendo a chirriar como si alguien la estuviera rasgando sin descanso. La pequeña habitación tenía una escalera de hierro en la pared que llevaba a la parte superior de la torre. Por la abertura entraba la única luz que había en la habitación. Esa claridad dibujaba escasamente el contorno de sus facciones y, si no fuera porque se reconocerían en la oscuridad, casi no se veían. De uno de los bolsillos del pantalón sacó una caja de cerillas y la encendió. Acercó el fuego a una vela y la estancia se iluminó de repente como si un pequeño sol hubiera salido de detrás de las nubes. Cuando la cera comenzó a derretirse la echó al suelo y después asentó la base de la vela, que se quedó inmóvil entre los dos, inerte, chasqueando sonidos quedos mientras se miraban a los ojos. Tras dejar la vela en el suelo Tonino volvió a guardarse la caja de cerillas en el bolsillo y se recostó contra la pared. Eran varias las veces que se habían visto en ese lugar secreto. Se conocieron en la playa. Era una noche, como aquella, donde la calma de la marea mecía las olas

una y otra vez. Tonino acababa de llegar de Sevilla a casa de sus padres y, como hacía siempre, salió a montar a caballo. Era lo que más echaba de menos en la gran ciudad, los caballos y poder pasear por el campo y la playa sin nada en lo que pensar. Aquel día caminaba con las riendas en la mano junto a su caballo. Ambos se mojaban y salpicaban al pisar el agua salada. La arena se hundía bajo ellos y las huellas se borraban silenciosas, sin dejar nada para el pasado. Se acercaba a la altura de la torre, pegado al mar, para tomar el camino que llevaba hasta la vereda que subía al cortijo de sus padres, cuando vio una sombra sentada en la orilla del mar. El piafar del caballo al acercarse hizo que se levantara y comenzara a correr hacia el pueblo. Tonino se subió al caballo y persiguió la estela que cruzaba la arena rápidamente. No tardó mucho en alcanzarla y no tuvo más remedio que detenerse. No levantó la cabeza, parecía que el miedo atenazaba su cuerpo.

—¿Por qué corres? —preguntó Tonino sorprendido—, no voy a hacerte daño.

Lo miró como le hablaba subido al caballo. Desde tan alto parecía alguien poderoso, como un guerrero.

—No debería estar aquí —musitó casi sin oírse. El sonido de sus palabras sobrepasó el de las olas levemente.

—¿Dónde vives? —dijo Tonino, que no dejaba de mover el caballo a su alrededor.

Levantó la mano y señaló la casa más cercana. El dedo osciló tembloroso y Tonino comprendió que había hecho que el miedo se apoderada de todo su cuerpo.

—No tengas miedo —trató de que se tranquilizara—, no te voy a hacer nada.

—No es eso... —quiso darle una explicación que no supo expresar.

—¿Te apetece que demos un paseo? —dijo Tonino mientras se bajaba del caballo.

Esa noche dieron un largo paseo por la orilla del mar, al rumor de las olas y sintiendo que las risas que resonaron entre los dos no eran provocadas por la arena cosquilleando sus pies. Desde enton-

ces, Tonino regresó más veces y habían descubierto aquella pequeña habitación en la torre donde poder ocultarse. Allí se veían, se conocían, se descubrían y se contaban sus cortas vidas e historias.

Antes del amanecer cada cual regresaba a su dormitorio, para que no los descubrieran. Si sus padres supieran que se veían, podrían tener muchos problemas.

Volvió a entrar en la casa por la misma ventana por la que había salido. Suspiró al comprobar que dentro no se oía ningún ruido. Se arrastró hasta su cuarto y se metió bajo la colcha sin mover el colchón. Poco después comenzó a escuchar los sonidos de la mañana despertando. Su abuela ya estaba encendiendo el fuego, su madre llamaba para desayunar y su padre salía de la casa, como siempre el primero, para ir a buscar esparto o cualquier otra cosa que pudiera hacerle falta.

Carmen se había quedado esa mañana con Miguel en casa. Para que pudiera salir de su escondrijo oculto, tenían que cerrar todas las ventanas. Por suerte la luz que entraba por los resquicios era suficiente para no tener ninguna vela encendida. Eso hubiera hecho sospechar a cualquiera que pudiera venir a la casa. Por allí no solía pasar mucha gente, a no ser que vinieran a pedir algo. Carmen estaba sentada y recostaba la cabeza sobre los brazos, en la mesa. Dormitaba cuando Miguel salió de detrás del armario, que servía de puerta a su cubículo.

Desde que Miguel regresó nunca lo dejaban solo. Tenían miedo de que cualquier día pudiera aparecer alguien y descubrirlo. Pedro continuaba intentando hacer que pudiera reintegrarse en la vida cotidiana de alguna manera, pero debía estar seguro de que no le atraparían y se lo llevarían detenido. Para eso solo podía confiar en lo que estaba haciendo por él hasta ahora. Así que cada día con Miguel se quedaba alguien. Unos días alguna de sus hermanas, otros días la madre y la abuela Dolores iba y venía sin que nadie le pudiera decir qué hacer.

—Buenos días, hermanita —la abrazó muy fuerte y le dio un beso en la frente—, parece que tienes sueño.

Carmen se desesperó, estirando los brazos muy por encima de la cabeza. Se revolvió el pelo y se llevó las manos a la cara restregándolas. Miguel se había sentado a su lado y contempló, ensimismado, los profundos ojos azules de su hermana. Ella volvió a abrir la boca y era incapaz de terminar de despertar.

—¿Qué te pasa, no has dormido bien?

—La verdad es que no mucho —respondió ella—. He pasado una noche malísima. He tenido pesadillas otra vez. ¿Tú no tienes recuerdos? No me has contado todavía dónde te llevaron cuando te subiste al camión aquel.

Miguel frunció el ceño como si la pregunta le hubiera hecho daño en alguna parte de su cuerpo. Su hermana notó al momento su estremecimiento y lo abrazó.

—Venga, no me hagas caso. Voy a hacer café para los dos, a ver si espabilamos.

Se levantó revolviéndole el pelo y fue hasta la cocina. Miguel y ella se llevaban muy bien antes de la separación. Eran más cercanos en edad que sus hermanas y siempre habían tenido una conexión especial. Aquel día de febrero de 1937, en el que tuvieron que separarse en la carretera mientras huían, ella sufrió en su interior una pena que llevó consigo mucho tiempo. Creyó que lo había perdido para siempre y trató de sobrellevarlo como pudo. Cuando lo vio aparecer en el bosque se agolparon en su cabeza las imágenes de todo lo que habían pasado.

—¿Y vosotros? —preguntó Miguel tratando de escapar de una respuesta que no estaba preparado para contestar—. ¿Dónde fuisteis?

El sonido de la maquinilla de café se hizo hipnótico en la mente de Carmen. Con los ojos cerrados daba vueltas a la manivela y el traqueteo de los granos machacados por las cuchillas le hizo entrar en sus recuerdos. Regresó a aquella mañana otra vez.